

EL SUCESO DEL SÁBADO EN LA COLEGIATA

CRÓNICA (CON MUCHOS NOMBRES) DE ANTONIO PEREIRA

Toda la vida me ha chocado que los prodigios y las apariciones de la Virgen, y los milagros importantes ocurrieran “antes” o sea en la antigüedad inalcanzable. Pero ahora resulta, voy a contarlo casi con escalofríos, que fueron por fin mis ojos los que vieron, mis propios oídos los que oyeron, exactamente en la anochecida del sábado 3 de noviembre de 1979. Junto a las gradas mayores de la insigne Colegiata, en Villafranca del Bierzo, hay un reloj de madera noble y corte decimonónico. Vino desde Astorga y dice de sí mismo que es 1ª calidad, bajo palabra de su artífice o vendedor Pedro Casado. El aparato trabajaba en silencio con su vaivén paciente, pero iban a ser las ocho y, cualquiera podía ver que estaban aproximándose las campanadas inexorables. Sólo un minuto más, y escandalizarán en las bóvedas ocupadas por las flautas y trompetas del órgano recién recobrado. ¡Diez segundos y la interrupción va a ocurrir en el delicado trance de un pianísimo!

El reloj se paró

Fue una detención “diferente”. El gesto de quién contiene el aliento en un síncope esforzado pero que no con duce a la muerte. De manera que siguió Antonio de Cabezón –el que se “casó por amores, que fue maravilla en un ciego”- envolviéndonos en su música de una España que imperaba en el mundo. Y el concertista siguió allá arriba sobre el teclado, ajeno a aquella cortesía increíble. Gracias a Dios que tengo testigos.

He oído contar que en la hora de la muerte se estiran los instantes para que contemplemos por última vez el panorama de nuestra vida. Pues algo así debe de ser lo que acontece con la moratoria brevísima de un reloj inteligente, porque yo tuve tiempo de sentirme ligero y flotante como nunca, veía como si me hubieran puesto unos ojos a estreno y puedo asegurar que nunca en mis años ha estado más colmada nuestra especie de catedral, jamás tantos racimos de caras y de cuerpos bajo la media luz de los sobrenatural y misterioso. Había gente, es verdad, en las naves diversas, y en el gran coro de madera encerada y bien oliente. Pero sobre todo- yo estaba a sus puertas-, en la capilla del Rosario donde de verdad que no cabría un alfiler. Junto a la pila bautismal estaban sentados en un banco con respaldo el señor Guillermo

Martínez, el zapatero de la cuesta de Pradela y don Paco Llano, y en medio de ellos estaban Fabriciano García, es curioso cómo termina juntándose la gente del mismo barrio, y estaban Gilberto y don Antonio Morete y el señor Jesús Ramón el albartero de junto al puente... fue una ocasión importante, supongo que habrá jóvenes corresponsales que citen pormenorizadamente a Halffter y a



Ramón Amezua de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y a las fuerzas vivas, pero a mí me parece que los periódicos deberían sacar siempre a los más en lugar de a los menos, doña Catalina y doña Patro que no faltan a ninguna novena, Alfredo Cela y doña Regina Peláez, la ciega Consuelo que arrastra las eses en los rosarios, Carlos Ares, el señor Domingo Rebollal.

Algunas caras no las velamos desde hace años, se comprende que nadie ha querido perderse esta noche del gran instrumento que ilustró bautizos y bodas y funerales, como si todos barruntaran que iba a ser una noche para señalar con piedra blanca. Miguel Villanueva, doña Josefina Castañeda, la señora Victorina la vizcaína, Ignacio Sierra, el señor Pedro el campanero de San Francisco. A don Félix el de Cosmos nunca lo he visto menos friolero. Ni a Pérez el factor de la estación tan contento, como si algo le tocara muy de cerca en todo este lance. Don Antonio Carvajal hace trompetilla con su mano junto a la oreja transparente, como todos los años cuando escucha la banda desde el balcón de los hermanos Soto. Están los hermanos Soto pero nunca supe distinguirlos bien por sus nombres de pila. Y menuda, y vivaz, doña Esperanza la droguera. Y Fernando Pardo y Maruja, y el jardinero Cambó. Es curiosa la inmarcesible vocación postal de Genaro que discretamente le han pasado una carta a don Alberto Toledo, don Alberto lleva siempre papeles por los bolsillos, pero lo que más le gusta es que sean versos, dice que si un día se muere de pronto le van a encontrar en la chaqueta un poema al Cristo, de no sé qué poetilla joven. Don Luis Reguera -pero cómo se conserva este padre de Perucho, de Alfredo -, lo que llevará en la cartera son sus propios escritos. O los de Moncho Bálgoma, que no debe de andar muy lejos. El viejo sacristán Polós, Tomás Nieto el impresor, don Dalmiro, el boticario don Dimas, don Joaquín el de la Casa Grande, la señora Dolores y el señor Manuel el Navalleiro. Ramón López Mallo. La señorita Olvido la de don Manolo, doña Rosario Pol. A mí me parecen un poco pálidos como de llevar tiempo sin tomar el sol, deben de ser estas luces de ahora que hacen tan mala cara. Don Elio, don Genadio, don Julián Vigal, impone respeto verlos juntos y a Mery la enfermera como si estuviera uno con una

pulmonía doble. Y el doctor Silva y Paco Valbuena. Eugenio y Luis de Arribe, Aurelio Bello, Vicente Navia, si ya no me acordaba yo de Vicente Navia, y cerca andan el señor Pepe el de la ferretería del otro lado, Antonio Gavelas del ramo de la construcción, el señor Teijón. Las barbas péndulas de don Zenón Espinosa y don Juan G. Ortells y Merceditas Díaz la de la Pedrera. Don Eduardo Rosón que habrá venido en tren de Ribadeo. Las tías de Toñín D. Andrés. Don Aniceto de Potro que siempre anda arreglando la fuente de Trevijano. Joaquín González Beberide del saneamiento y la calefacción, Núñez el del Registro. Y Eduardo Díaz, Esperanza la modista, el señor Armesto padre de Rosita, Ernesto Vidal, Eugenio Fernández, Pepe Canteiro y Carmen la Canteira. Balbino el del Condesa, Teresa la madre de Pancho, diego Saavedra, Vicente Couceiro. Dios Mío la de gente que hay, ahora caigo en que ya es más gente la que tengo para dentro de la valla que para afuera. Por algo quería yo entrar en la capilla esa, pero Pepe Santamarina me hace seña de que no, que todavía no hay sitio para mí aunque todo se andará. Pepe estaba sentado en la punta del banco con la timidez del que acaba de llegar a una reunión y no se ha informado de las costumbres. La señora Claudia, la comadre de la señora Claudia que es la señora Rosa, más la señora Flora la partera. Los entendidos en solfeo asisten a los conciertos con el espíritu adicto pero también crítico, el bueno de don Arsenio jubilado del órgano antiguo, don Ricardo el cura, Vicente Ledo que borda el violín, el maestro Chambertín, Carmiña la Vilara que canta de solista, qué divinamente cantan Carmiña la Vilara y María Elene Sampedro y Ángeles Magdalena, y por supuesto don Gerardo Abella con el violonchelo, pero me parece que en esto que llevo escrito debe quitarse el señor y el don porque basta para la asamblea y convencerse de que aquí todos se llevan como los ángeles y todos por el mismo rasero, José Sandes, José Cobos, José Tanarro, José Camiña- buena tacada de Josés y de Pepes-, Pepe el de Irene, Pepe Ayos, Pepe el Viarolo, Pepe Veguita, Pepín Rivas. Pepe el de Federico... De la Rúa Nueva está tan campante Manuel del Valle. Bernardo Díez Ovelar. Paulino Pérez recuerdo que me trajo de Ponferrada de los exámenes en su coche que lo conducía muy bien y le decía Manolo Santín: Pisa, pisa a ver si llegamos a ponernos a sesenta, y Pepe del Palacio el maestro y Pepe Villarejo. De algunos sé sólo los apellidos recurrentes a lo largo de las generaciones, Lence, Prada, Senra, Delás, Pavía... Es curioso. Alguna vez se me ha ocurrido que podría hacer yo como el mejicano Rulfo en su «Pedro Páramo» una historia en que los personajes están todos muertos. Pero no. A mí me gusta hablar de mis convecinos vivos y palpitantes, ya digo que si yo mandara en un diario haría que fueran saliendo en él todos los vecinos, Sección de Viajeros, la distinguida señorita Pacita Carbajal que ha salido para Toral de los Vados. La música une a la gente pero hay nombres que nos han sonado siempre emparejados por el amor y lo seguirán estando en la eternidad:

Francisco y Ramona; Aurelio y Remedios; Ramón y Casilda; Amadeo y Emiliana; Diodoro y Ángeles; Avelino y Matilde; Francisco y Arcadia; también pude ser el amor fraterno, Isabel y Dátiva Silveiro, Luisa y Mercedes Curiel, ahí mismo donde el niño

Jesús de Praga veo a Emma y Mercedes las de Goyanes. El abogado Joaquín Suárez tiene un gran corazón de artista, es el que ensaya los versos a las niñas que se los recitan a la Virgen. Está Manuel Saldaña con esa costumbre suya de llevarse el dedo a los labios: ¡Chist! y Zoilo. Saturno Barredo que debe tener marcadas las huellas de su asiento que es la barandilla del puente. El herrero Pepe de Sela, Águeda la abuela de Basis, Burgueño, Vicenta la de Juan. Y gente que habrá venido adrede para esto, el mismo Alfonso Saiz que todavía estuvo el año pasado para la Poesía, Miguélez desde Bilbao, Edmundo Meneses que a lo mejor ha dejado a medias el rodaje de una película.

Todos los que tienen que vivir fuera se acuerdan de cuando llega la Dolorosa la noche del Jueves Santo y arranca el órgano con toda su trompetería y armas al hombre, hay discusiones sobre si es el momento más emocionante del año o si lo es el del Cristo cuando baja de San Nicolás. Y no iba a faltar Andrés que toca el clarín. Mero el del bar Mero, Flor de Álvarez de Toledo, augusto Cela, Pepín Olarte, Carlos el secretario de Paradaseca, Ovidio el de junto al puente sobre el Valcarce. Está Asunción la del Hotel comercio, Antonio das Nenas, Burgueño, pero me parece ya lo he puesto antes, Máxima la panadera de los Tejedores, y Antonio García por el lado de los molineros. Espiritistas, retejadores y serrantinos, y cuántos otros gremios ilustres. Y es curioso, que no haya celos entre los del oficio. Cómo si no estarían juntos y unánimes en este goce Emiliana y Lucio Beberide con Víctor López Figueroa de la confitería La Concepción y José Ledo López que además manda en la Tercera Orden. Y en siguiendo por los del textil, ahí tenéis mismamente a Amadeo Cubero, Valentín, Adolfo, Gabino, los Guillemos, Víctor Ramón y Carlos Abella, Vicente el de la Verdad. El noble arte de la madera de los Furís. El carretero Baldomero Amigo. Cayetano el del estanco tiene la parada de La Industrial para Lugo y Anselmo la competencia furiosa de Coma también para Lugo pero qué importa. Abel, Paquillo, Faustino Sampedro que todos vayamos poniendo nuestras barbas a remojar. La capilla es grande pero se prolonga mucho más por los túneles apenas conocidos sólo lo sabemos los chicos de antes que jugábamos con las niñas a las procesiones y a los médicos en los atrios de las iglesias. Bartolo el guardia y su hija Martina Sixta y su sobrina María. Agustín el de los Tejedores, Mariano Caro del Arroyo, Manuel Pelús. Faustino Domínguez. Isidro Ruiz de la fonda. Rogelio Barredo. Dolores la madre de Alfonso Torres. Ventura Valcarce y Venturín Valcarce. No sé qué va a decir el director porque ya van doscientos nombres propios y bien propios, el órgano se aproxima al final de la pieza y ellos van difuminándose, Benitín Lago, Emilio el del horno, Niceto Suárez, Juan Delgado y Juan De la Iglesia, augusto Martínez, a muchos de los que quiero no me ha dado lugar a nombrarlos pero juro que a todos los que he nombrado los quiero. Demetrio Monteserín que se aleja acariciando la pipa que le asoma por el bolsillo de la chaqueta, y por favor, esto sí que es sólo un momento, Camilo Lafaba que esta noche dejó la pizarra fatigada de números, voltio potencial, amperio, intensidad, ohmio resistencia...

Hermoso, el acorde final.

Y ahora sí. Una a una las campanadas del reloj de la Colegiata, que a lo mejor se le hurga por dentro y es algo más que un reloj.